



## Llamamiento y otros fogonazos

Traducción de Ramón Vilató y Pigrau y Alida Díaz, Acuarela & Antonio Machado, Madrid, 2009, 201 pp. ISBN 978-84-7774-202-9

**E**n los últimos tiempos, tal vez debido a la crisis económica y social que estamos viviendo, el mercado editorial ha hecho hueco a una serie de manifiestos contra el sistema. En Francia, tradicionalmente un país de convulsiones sociales, se han publicado varios textos que llaman a la subversión. La editorial Acuarela ha publicado en España el manifiesto anónimo *Llamamiento*, acompañado de otros *fogonazos*; fragmentos de una película, textos más breves que reflexionan sobre la insurrección contra el sistema en la universidad, sobre estética o sobre la Comuna. Además, los editores han añadido un prólogo en el que explican los motivos que los han llevado a publicar *Llamamiento* y un epílogo en forma de *chat*, en el cual diferentes personas relacionadas con movimientos anticapitalistas, reflexionan sobre el libro. Conscientes de que *Llamamiento* se centra fundamentalmente en la realidad francesa —aunque trate problemas globales—, “activistas” españoles discuten las claves del texto, de manera que los conceptos se puedan extrapolar al contexto español. *Llamamiento* se puede descargar gratuitamente en la página web de la editorial Acuarela [www.acuarelalibros.com](http://www.acuarelalibros.com), y tiene una licencia *Creative Commons* que permite distribuir y comunicar públicamente la obra.

Los autores anónimos de *Llamamiento* advierten que no van a tratar de convencer al lector sino que simplemente van a mostrar la evidencia: “El imperio salta a la

vista”. Un imperio arbitrario, que sólo se justifica por la determinación de durar, de mantenerse. El progresivo recorte de libertades que el sistema ha generado en los últimos tiempos no sorprende a los autores de este llamamiento, lo que realmente les sorprende es la “debilidad del contraataque”.

Reconocen haber estado presentes en las revueltas anti-globalización de los últimos años, aunque rechazan el “folclore contestatario” de Attac o los Tute Bianche, así como el “aburrido monólogo” del marxismo-leninismo, el anarquismo, el “economicismo plano” de *Le Monde Diplomatique*, o a los seguidores de Negri.

Afirman que “han bastado tres años a policías, sindicatos y otras burocracias informales para dar cuenta del breve ‘movimiento anti-globalización’. Para fragmentarlo. Dividirlo en ‘terrenos de lucha tan rentables como estériles’”.

Aseguran que capitalismo y anticapitalismo adolecen de la misma ausencia de horizonte, la misma perspectiva mutilada de administración del desastre. A la situación actual la llaman “desierto”; otros hablaron de espectáculo, biopoder o imperio, pero todos coincidieron en ver al “enemigo” como un conjunto de relaciones y no como la acción de un agente externo. Ver al enemigo como un sujeto, en vez de experimentarlo como una relación que nos sostiene, lleva a reproducir bajo el pretexto de “alternativa”, la peor de las relaciones dominantes. La lucha contra la mercancía se convierte en un producto.

Sostienen que el capitalismo no sólo intenta controlar cada situación, además intenta que “no haya situación”. Para el capitalismo la “situación normal” es la ausencia de situación. En este punto, se advierte la influencia de los situacionistas. Los autores de *Llamamiento* afirman que organizarse significa “dar consistencia a la situación. Tornarla real, tangible. La realidad no es capitalista”.

Al momento actual lo llaman “guerra civil mundial”. La posición de los autores parte de una doble secesión: “por un lado, secesión en relación al proceso de valorización capitalista, y por otro, secesión con respecto a todo lo que la simple oposición al imperio, aún extraparlamentaria, impone de esterilidad; secesión por consiguiente de la izquierda. Aquí ‘secesión’ no indica tanto el rechazo práctico de comunicar como una disposición a formas de comunicación de una intensidad tal que arrebatan al enemigo, ahí donde se establezcan, la mayor parte de sus fuerzas”. Los situacionistas afirmaban que antes hay que cambiar de amigos que de ideas. Los autores de *Llamamiento* afirman que no existe amistad que no sea política.

Para los autores de *Llamamiento* estamos asistiendo a un reforzamiento de los métodos de control y represión del sistema. Se está alcanzado un alto grado de refinamiento en las formas de eliminación de subversivos, y al mismo tiempo el uso de la etiqueta de “terrorismo” se ha convertido en una herramienta para criminalizar cualquier iniciativa contra el sistema. A esto hay que añadir el alto grado de vigilancia y control que el sistema ha incorporado en los últimos tiempos, hasta el punto de que se ha convertido en algo normal y admisible. Este endurecimiento del sistema es consecuencia de que el mismo sistema ya no puede ocultarse, todo el mundo sabe que es un sistema atroz.

La política clásica, e incluso la política extraparlamentaria, son incapaces de frenar el avance del “desierto”, porque ambas forman parte del desierto. El origen de esta incapacidad está en el triunfo del “liberalismo existencial. El hecho de que se admita en lo sucesivo como natural una relación con el mundo basada en la idea según la cual cada uno tiene su vida.” El liberalismo existencial se ha propagado de tal forma que la misma izquierda ha caído bajo su influencia, y ha acabado desarrollando un discurso en los mismos términos que tal liberalismo existencial. El imperio logra ocultar el verdadero terreno donde se produce la batalla decisiva: “El diseño de lo sensible, el ajuste de las sensibilidades. De modo que paraliza preventivamente toda defensa



## LIBROS



### Llamamiento y otros fogonazos

en el mismo momento en el que opera, destruyendo incluso la idea misma de una contraofensiva. La victoria se consigue cada vez que el militante, al final de una dura jornada de 'trabajo político' se desploma frente a una película de acción."

Criticando el activismo, del cual han formado parte y del que aún sienten la tentación. Para ellos, la movilización perpetua y urgente, más que un medio de combatir el sistema, es a lo que el sistema nos ha acostumbrado. El activismo se moviliza contra la catástrofe pero no hace más que prolongarla. Las reivindicaciones del activismo tienen el problema de que al expresar necesidades en términos inteligibles para los poderosos, acaban por no expresar nada sobre ellas, qué transformaciones reales del mundo implican. "Así reivindicar la gratuidad de los transportes nada dice sobre nuestra necesidad de viajar y no solamente de desplazarnos, de nuestra necesidad de lentitud." Aparece aquí la vieja discusión entre reforma y revolución: "Los recursos subjetivos movilizados, aún revolucionarios, permanecen insertos en lo que se presenta como un programa de reforma radical. Bajo el pretexto de superar la alternativa entre reforma y revolución, nos instalamos en una ambigüedad oportunista".

Para los autores, el mundo actual se ha convertido en inhabitable. El capitalismo intenta destruir los vínculos mediante los que un grupo encuentra los medios de producir, en un mismo movimiento, tanto las condiciones de su subsistencia como las de su existencia, criminalizando cualquier tentativa de prescindir de las relaciones mercantiles.

Afirman que ellos no son de los que creen "que allí donde crece el desierto crece también su antídoto. Nada puede suceder que no comience con una secesión en relación a todo lo que hace crecer ese desierto". Hay que crear una potencia fuera del desierto, un oasis, para lo cual —son conscientes— es necesario tiempo "el verdadero revolucionario sabe esperar", —como dirían los situacionistas—, y más aún teniendo en cuenta cómo la dinámica del sistema ha llevado a que ya no sepamos hacer casi nada. Aún así, todos disponemos todavía de saberes que pueden volverse accesibles y ponerse en común. Se trata de usar dinero y conocimientos para acrecentar la autonomía respecto a la esfera mercantil. De esa manera, se construyen las condiciones para que cualquier ofensiva contra el sistema "pueda alimentarse sin extinguirse, estableciendo las solidaridades materiales que le permitan sostenerse". Los autores de *Llamamiento* no creen que pueda haber revolución sin la constitución de una potencia material común.

Para los autores, el fin del capitalismo requiere una equivalencia entre actos y

pensamiento. Hay que vivir como se piensa, pero esto requiere la construcción de mundos compartidos, la puesta en común de medios efectivos. El liberalismo proclama que todo puede ser tolerado en la medida que no tenga consecuencias directas en la estructura de la sociedad. El individuo liberal es "ese ser conminado a preservar su libertad en la exacta medida en que esta libertad no comprometa a nada y no pretenda sobre todo imponerse a los demás". Está permitido desearlo todo a condición de no desearlo demasiado intensamente, sin desbordar los límites de lo privado. El liberalismo existencial "es la adhesión a una serie de evidencias en el corazón de las cuales aparece una esencial disponibilidad del sujeto a la traición." A la traición a su forma de pensar, básicamente.

Entre estas evidencias está la de comportarse en relación con el mundo como un propietario. No ejercer como individuo liberal pasa por desvincularse de estas propiedades, entendiendo propiedades por aquello que ata al individuo al mundo y que en razón de eso no le está reservado. El liberalismo existencial es la ética espontánea adecuada a la socialdemocracia considerada como ideal político. El pensamiento debe adaptarse a la realidad del sistema o bien permanecer marginado. La sociedad no puede soportar que "un pensamiento pueda ser incorporado, es decir que pueda encarnarse en una existencia en términos de conducta de vida o de modo de vida; y que esta incorporación pueda ser no solamente transmitida, sino compartida, puesta en común". Los autores ponen aquí el ejemplo de las sectas, donde el pensamiento sí se traduce en términos de conducta, y por lo cual las sectas son perseguidas.

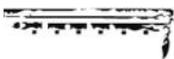
Otra de las evidencias es la del mundo de la mercancía, la cual es el instrumento más operativo para desconectar los objetivos de los medios, produciendo así la vida cotidiana "como un espacio que nos compete sólo gestionar". La vida cotidiana es el espacio de la neutralización del pensamiento, de los deseos y los afectos.

Proponen la elaboración colectiva de una estrategia, frente al individualismo del liberalismo existencial. Para los autores, toda singularidad se experimenta en el modo y la intensidad con la que un ser hace existir algo común. "Lo más singular de nosotros apela a un compartir", pero aquello que tenemos para compartir no solamente no es compatible con el orden dominante, sino que este persigue encarnizadamente toda forma del compartir de la que no dicte las reglas.

En materia de estrategia, los autores recuerdan todas las lecciones de la tradición de fracaso del movimiento obrero. Afirman que la constitución del movimiento obrero se apoyó, en sus inicios, en la puesta en común de prácticas criminales y de solidaridades materiales.

La estrategia que propugnan es "establecer aquí y ahora un conjunto de focos de deserción, de polos de secesión, de puntos de reunión. Para los que se fugan, para los que parten. Un conjunto de lugares donde sustraerse al imperio de una civilización que camina hacia el precipicio". Se necesitan lugares donde organizarse y compartir y desarrollar las técnicas requeridas para la confrontación con el sistema.

Una confrontación que no estará exenta de violencia. Para los autores, el pacifismo no es sino "un arma suplementaria al servicio del imperio". Pero la lucha a cara descubierta es inadecuada y contraproducente, ya que refuerza al régimen de dominación, que alimenta de informaciones continuamente actualizadas sus sistemas de control. Proponen una estrategia de aparición y desaparición, "atacar los dispositivos materiales más que a los hombres que les confieren un rostro. Por cuidado estratégico. Por lo demás son las formas estratégicas propias de todas las guerrillas a las que debemos prestar atención: sabotajes anónimos, acciones no reivindicadas, el recurso a técnicas fácilmente apropiables, contraataques a objetivos concretos". Para los auto-



## LIBROS



### Llamamiento y otros fogonazos

res, no existe una cuestión moral en el modo de procurarse los medios para vivir y luchar, sino una cuestión táctica sobre los medios y el uso que se haga de ellos.

Los autores desean “vivir el comunismo” y “propagar la anarquía”, pero para ellos el comunismo no es un sistema político ni económico; no tiene nada que ver con Marx o la URSS. El comunismo pasa, por un lado, por la supresión de la policía, y por otro, por la elaboración de los que viven juntos de modos de compartir, de *usos*. Se parte de la experiencia de compartir necesidades, alejadas de aquello a los que nos han acostumbrado los dispositivos capitalistas: “La necesidad no es nunca necesidad de una cosa sin ser al mismo tiempo necesidad de mundo”. El comunismo requiere una cierta disciplina de la atención. A la práctica del comunismo la llaman “el Partido”. El proceso de instauración del comunismo sólo puede tomar la forma de “un conjunto de *actos de comunización*”, de puesta en común de espacios, artefactos o saberes. La insurrección no sería más que un acelerador, un momento decisivo de este proceso. El Partido es “un conjunto de lugares, de infraestructuras, de medios puestos en común y los sueños, los cuerpos, los murmullos, los pensamientos, los deseos que circulan entre esos lugares, el *uso* de esos medios, el hecho de *compartir* esas infraestructuras”. El concepto de Partido surge de la necesidad de una mínima formalización “que nos vuelva accesibles aún permitiéndonos permanecer invisibles”. Se trata de convertir una sensibilidad en fuerza; la potencia ofensiva del Partido pasa porque este sea una potencia de producción. El capitalismo ha reducido todas las relaciones a relaciones de producción; el derrocamiento del capitalismo vendrá de aquellos que consigan crear las condiciones para otros tipos de relaciones. El comunismo no debe consistir en la elaboración de nuevos tipos de relaciones de producción, sino en la abolición de estas relaciones, lo cual significa no permitir que la búsqueda del resultado prime sobre la atención al proceso, desbaratar cualquier forma de valorización, cuidar de no separar afecto y cooperación.

Por otro lado, la construcción del Partido consiste, para los autores, en la puesta en común, en la *comunización* de aquello de lo que se dispone: “Poner en común un lugar quiere decir: liberar su uso y, sobre la base de esta liberación, experimentar relaciones delicadas, intensificadas, complejizadas. Si la propiedad privada es esencialmente el poder discrecional de privar a cualquiera del uso de la cosa que se posee, la puesta en común es poder privar del uso de lo que sea sólo a los agentes del imperio”.

Para los autores, solamente una fuerza, una realidad apta para sobrevivir a la dis-

locación total del capitalismo, puede realmente atacarlo hasta conseguir, precisamente, esta dislocación. “De lo que se tratará, cuando llegue el momento, es de hacer girar a nuestro favor el hundimiento social generalizado, transformar un derrumbe del tipo argentino o soviético en situación revolucionaria. Aquellos que pretenden separar autonomía material y sabotaje de la máquina imperial expresan suficientemente bien que no quieren ni una cosa ni la otra.”

Los autores de *Llamamiento* se definen como aquellos que experimentan la necesidad táctica de las tres operaciones siguientes: impedir por todos los medios la recomposición de la izquierda; hacer progresar, de “catástrofe natural” en “movimiento social”, el proceso de comunización, la construcción del Partido; llevar la secesión hasta los sectores vitales de la máquina imperial.

Para los autores, la izquierda forma parte de los dispositivos de neutralización liberal. Por ello es necesario, y posible, deshacer la izquierda, manteniendo constantemente abierto el canal de la desafección social.

Continuamente se producen averías, pequeñas catástrofes y perturbaciones en el seno del imperio, que éste se encarga de gestionar, procurando que todo vuelva a la normalidad. La tarea de los disidentes es “convertir en habitable la situación de excepción”. Se trata de organizarse en función de las necesidades, de poder responder progresivamente a la cuestión colectiva de comer, dormir, pensar, amar, de crear formas, de coordinar las fuerzas; “y de concebir todo esto como un momento de la guerra contra el imperio”. El Partido se construirá como un conjunto de lugares habitables producidos por cada una de las situaciones de excepción con las que se enfrenta el imperio.

El imperio es contemporáneo a la constitución de dos monopolios: el científico de las descripciones “objetivas” del mundo; y el religioso de las técnicas de sí, de los modos en los que se elaboran subjetividades. “De un lado una relación con el mundo depurada de toda relación con uno mismo —uno mismo como fragmento del mundo—, del otro una relación con uno mismo depurada de toda relación con el mundo —con el mundo en tanto que me atraviesa.” Los países más desarrollados están dominados por el monopolio científico, mientras que en los países menos desarrollados impera el monopolio religioso. Atacar las ciencias significa destacar las líneas de fractura que las recorren. La estrategia de las ciencias es la de la privación del estatus de verdad para todo aquello que no se reconoce como científico. Cada ciencia pone en marcha un conjunto de hipótesis, que son decisiones en tanto que construyen realidad. Las ciencias solamente desarrollan las experimentaciones e hipótesis compatibles con el orden dominante. Por ello, hay que abrir los espacios disponibles para experimentaciones antagonistas.

*Juan Soler Llácer*